

Madrid, 1944

Hotel Palace

Miércoles, 14 de junio de 1944

Carlos Mendoza se acomoda en su butaca y se dispone a esperar. Mientras el camarero le sirve su whisky con soda, pasea una mirada a su alrededor. El bar del Palace es su lugar de reunión favorito. Por eso ha citado aquí al alemán. Carlos E. Mendoza estira la raya de los pantalones de su traje de algodón de color crudo y se recompone los gemelos mientras responde al saludo de los dos hombres de negocios que cierran trato en una de las mesas vecinas. Repasa después el resto del local: algún que otro grupo de aristócratas en discusión animada al fondo de la rotonda; varias mujeres vistosas en espera de que finalice esa discusión para pasar al comedor; media docena de extranjeros sentados a sus mesas, y varios periodistas, aventura Mendoza. O tal vez sean agentes al servicio de sus países, recela segundos más tarde, pues ese Madrid de 1944 se ha convertido en un nido de espías. Finalmente, fija su atención en el par de busconas de altos vuelos apostadas a pie de barra, escotes generosos, tacones de aguja y una copa en sus manos. Las repasa sin disimulo y siente una punzada de deseo; una de ellas advierte su interés y le dedica una mirada invitadora.

Mendoza hace un esfuerzo y la ignora. No está nada mal, pero él por ahí anda servido, y ahora tan solo queda cerrar el trato con el alemán para ir a comer y encontrarse después con Dora, a la hora de la siesta, en el pisito que tiene alquilado para ella en Alcalá Galiano. Lo del piso lo ha hecho con todo tipo de reservas. Solo faltaría que se enterase su mujer; entonces las cosas se complicarían, y para mal. Todos sus esfuerzos en una boda de conveniencia para nada. Todo perdido. Mendoza mantiene un físico agraciado, excepción hecha de la incipiente barriga de cuarentón, cabello castaño que engomina con arte, bigote recortado a la moda y un montón de dinero. Pero no es suyo. Es de Pura de la Encarnación y Espinosa de la Fuensanta, marquesa de Valdeiglésias y el Viso y también su mujer.

La vida le ha sonreído, concluye mientras apura su bebida. El matrimonio con Purita lo puso en la escala social deseada y su afección al Régimen y los contactos adecuados harían después el resto.

A Mendoza el matrimonio con Purita le había dado todo lo demás. También le había dado tres hijos, una dehesa en la provincia de Soria donde cazaba con sus amigos, una mina de wolframio en la provincia de La Coruña y largas desde hacía tiempo cada vez que quería intimar con ella en el lecho. Y esto último, Carlos Mendoza lo haresuelto muy bien con Dora. La chica lo vuelve loco, admite para sí. Guapa y de bandera, como le gusta decir a él, con curvas de vértigo y atrevida en la cama, Mendoza la pasea por buenos restaurantes, le compra ropa, caprichos y corre con el alquiler del coqueto piso de Alcalá Galiano. Como contraprestación, presume con ella delante de sus amigos y después la disfruta.

Pero ahora no es cosa de pensar en Dora. Ahora toca esperar. Está en juego su mina y un montón de dinero. Si el asunto no se tuerce, el hombre al que aguarda le dará la oportunidad que tanto ha esperado.

Sabe al instante que el alemán ha cruzado el vestíbulo del hotel por las miradas furtivas que todas las mujeres sin excepción le dedican. Mendoza se siente herido en su vanidad; envidia al alemán y las expectativas que siempre despierta en las mujeres, pero se cuida mucho de demostrarlo.

Lothar Völler es un hombre elegante y atractivo; viste traje cruzado de lana de color crudo y sombrero a juego. Mendoza tiene noticia de que Völler es el delegado de Industria de la Embajada alemana y un miembro relevante dentro del partido Nacionalsocialista. Lo que no sabe es que Lothar Völler es un *OberstandartenFührer* de las SD, un coronel del servicio de seguridad de las SS alemanas, los lobos que vigilan a sus propios lobos. Y lo que ni siquiera llega a imaginar es que su destino está ahora en sus manos.

—La una y media. Puntualidad británica, Lothar.

El recién llegado hace caso omiso de la ironía al tiempo que se sienta y con un gesto reclama al camarero. Después centra su atención en su oponente y esboza una media sonrisa que descubre una dentadura perfecta.

—Traigo malas noticias, *Herr* Mendoza.

—¿Malas noticias? —Mendoza se envara en su silla tras dejar su vaso de whisky sobre la mesita de mármol con un golpe seco—. No me fastidie, Lothar, y déjese de formalismos.

Varias cabezas se vuelven y Mendoza les dedica una sonrisa afectada. Después aprieta los labios y se encara con el alemán.

—¿Se puede saber qué ocurre, Lothar?

Völler emboca un cigarrillo en la boquilla de su pipa de nácar, lo enciende y se concede unos segundos antes de responder, tras advertir la expectación que sus palabras han despertado en su interlocutor.

—Ocurre, mi querido Mendoza, que tenemos un serio problema, dificultades de última hora. —Völler agita su mano con desgana. Las volutas de humo de su cigarrillo dibujan una espiral y se deshilachan para desaparecer casi al instante.

—¿Y dónde está el problema?

—En Budapest.

—¿Budapest? A ver, ¿me puede explicar eso?

—Se trata de la mano de obra. Contábamos con un contingente de forzados que serían desplazados desde Budapest. Cuatrocientos setenta en total, doscientos noventa hombres y el resto mujeres. Todos jóvenes, sanos y por lo tanto aptos para el trabajo. Todos ellos judíos. Judíos húngaros, para ser más precisos.

—Muy bien, muy bien, Lothar ¿Me puede decir de una vez dónde está el problema?

—Pues que ese tren debería salir dentro de un par de semanas y alguien, un compatriota suyo, está complicando las cosas. Quiere hacerse con toda esa gente y con ese tren. Quiere, ¿cómo diría yo?, salvarlos de su destino. Y para ello pretende traérselos a España. El encargado de negocios de la legación española en Budapest. Un tal... —el alemán saca una libreta de notas y consulta una de sus hojas— Sanz, Angel Sanz Briz. ¿Le dice algo ese nombre? ¿Lo conoce?

Mendoza alinea sus cejas en un esfuerzo inútil.

—No —admite, confundido.

—Pues debería. Mire, Mendoza, ese hombre está complicando las cosas. No solo nos arrebatará esa partida sino que está haciendo lo imposible por dar la nacionalidad española a un montón de judíos indeseables. Eichmann está que trina, pero no puede hacer nada porque ese Sanz se ha sacado una antigua ordenanza del bolsillo, un decreto que permite dar la ciudadanía o la nacionalidad a todos esos judíos húngaros alegando su antigua ascendencia española.

—¿Me está diciendo que les concede la nacionalidad alegando que son españoles? ¿Y cómo diablos se entiende eso? ¿De dónde sale esa ascendencia?

—De los sefardíes.

Mendoza agranda sus ojos castaños, perdido.

—Los sefardíes. Vamos, Mendoza, debería conocer mejor la historia de su país. Los sefardíes son los descendientes de los judíos que expulsaron sus Reyes Católicos.

—¡Coño! Pero de eso hace...

—Quinientos años, más o menos. Pero durante el gobierno de Primo de Rivera se dictó un Decreto en 1925 por el que se otorgaba la ciudadanía española a los judíos descendientes de los sefardíes. Dicho de otra manera: se considera legítimamente españoles de todo derecho a los descendientes de esos apátridas. Y ese Sanz se agarra a eso para concederles la nacionalidad. Y si no lo detenemos, se llevará a esos judíos. Y ahí, mi querido Mendoza, es donde reside el problema.

»Si no disponemos de mano de obra, no habrá campo de trabajo para procesar el mineral de wolframio de su mina. Lo que equivale a decir que no la necesitaremos. No seguiremos entonces adelante y por lo tanto rescindiremos el contrato. *Kaput*, herr Mendoza.

—¡Ah! ¡No! ¡No! Oiga, Lothar. ¡Ustedes no me pueden hacer eso! Yo estoy dispuesto a cumplir mi parte del trato. Y me he comprometido a enviarles toda la producción ¡Toda! ¡Joder! —recalcó—. ¿Sabe las presiones que recibo? Los ingleses no paran de vigilarme. No lo sabía, ¿verdad? Además, arriesgo mucho. El Generalísimo es un abierto simpatizante de la causa alemana, no cabe duda. Pero no le haría gracia que se supiera que una mina española ayuda descaradamente con su producción a que Alemania gane su guerra, por lo que pueda pasar en un futuro... Y ahora la situación es delicada y esa guerra ha entrado en una fase...

—¿Incierta? ¿Eso es lo que estaba a punto de decir? —sonríe el alemán, una sonrisa esquinada—. Mire, Mendoza, es usted un derrotista.

Después apura de un trago el resto de su vermut.

—Ganaremos esa guerra, no le quepa duda. No se deje impresionar por la propaganda de esos malditos hipócritas.

Lothar Völler se vuelve y señala con un gesto a dos hombres que comparten mesa al otro lado de la rotonda. Uno de ellos, pelirrojo, de tez blanca con un mar de pecas, gafas y larguirucho, lee el *Times* con aire falsamente concentrado; el otro, más mayor y de cabello castaño, viste un arrugado traje de verano y cuando se siente observado se vuelve para llamar al camarero. Su hombro derecho parece seguir el movimiento de su cuello, como si estuviese ligado a él por una cinta invisible

—Mueva sus contactos —prosigue el alemán, traspasando a Mendoza con sus ojos oscuros—. Ganaremos esta guerra, no le quepa duda, pese a todo y pese a individuos como ese Sanz, que intentan estorbar con actos inútiles, tratando de impedir que nosotros blindemos nuestras armas y que usted se haga rico... Salvo que haga algo y lo remedie.

Sonríe de nuevo Lothar Völler, esta vez críptico. Acto seguido, se levanta para abandonar la mesa y clava su mirada en los ojos descompuestos del español.

—Piénselo, Mendoza. Y tome cartas en el asunto. Se juega mucho. Mucho, *mein Herr...*

Budapest

Lunes, 12 de junio de 1944

—*Dokumentation, bitte.* —El brigada de las SS alargaba su mano mientras esperaba que se cumpliera su orden. No le había gustado que aquel advenedizo se entrometiese en su trabajo. La mañana se complicaba, lucía un sol inclemente y un calor agobiante se sumaba ahora para aumentar su fastidio.

El recién llegado abrió su cartera de piel y entregó la documentación con un gesto preciso, seguro, que delataba a todas luces que no se sentía intimidado. El SS le dedicó una mirada de oficio, valorativa: un hombre alto, apuesto, de aires decididos; traje de lino de elegante corte, corbata de seda y sombrero. Tenía una mirada intensa y la seguridad que desprendía no le pasó desapercibida. El SS calibró al instante que debería cuidar sus modales y hojeó la documentación que le había sido entregada.

—Angel Sanz. *Spanische Delegation.*

El diplomático asintió al tiempo que encendía un cigarrillo y miraba hacia el SS desafiante.

—Y dígame, *herr Sanz*, ¿por qué intercede por él? —Dedicó una mirada desdeñosa hacia el hombre que permanecía tendido en el suelo; todavía tenía en su cara la marca del fustazo y un hilo de sangre salía de la comisura de su boca. Sus ojos mostraban también su pánico.

—Porque este hombre tiene a su nombre una carta de protección emitida por la legación española de Budapest, a la cual represento. Usted no tiene potestad sobre él y mucho menos derecho a maltratarlo. Y eso, si no lo subsana, le aseguro que traerá consecuencias.

El alemán maldijo para sus adentros, contrariado.

—Debe de haber un error. Este hombre es judío. Un judío húngaro. Y ha infringido la ley. Violó el toque de queda y por eso ha sido detenido. Es mi trabajo, *herr Sanz.*

Dos soldados permanecían expectantes a escasos metros con sus fusiles al hombro. Uno de ellos sujetaba un perro que olisqueaba inquieto.

—Se equivoca, a los efectos no es húngaro. Como le decía, ahora está bajo la protección de la Legación del Gobierno de España en Budapest.